

Mariflor AGUILAR RIVERO y María Antonia GONZÁLEZ VALERIO, coords., *Gadamer y las humanidades I*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2007.

En noviembre de 2004, a manera de homenaje póstumo al pensador alemán, se llevó a cabo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el *Congreso Internacional Gadamer y las humanidades*. Este libro recoge parte de los trabajos ahí expuestos y los agrupa en torno a tres ejes temáticos: la ontología, el lenguaje, y la estética.

En el texto que abre el libro, Jean Grondin, conocido estudioso de la obra de Gadamer, se hace la siguiente pregunta: ¿es la fusión de horizontes una versión gadameriana de la adecuación entre el intelecto y la cosa? Antes de responder, Grondin hace un examen de la noción de fusión de horizontes, en donde aclara que el horizonte no es nuestro punto de vista, sino aquello que vemos y nos circunda, aquello que escapa a nuestra subjetividad porque es exterior a nosotros; mientras que la idea de fusión implica hacer de dos cosas una, esto es, reunir dos tradiciones en un solo pensamiento. Así, según Grondin, Gadamer habla de una fusión (adecuación) entre un texto o tradición (la cosa) y el comprender (el intelecto).

Como muestra de las múltiples lecturas que la obra de Gadamer propicia, la ontología gadameriana es puesta en relación con tres emblemáticos y disímiles filósofos: Aristóteles, Nietzsche y Ortega y Gasset. En lo que toca al primero de estos pensadores, Teresa Oñate, después de reflexionar sobre el porqué y hasta qué punto la racionalidad hermenéutica gadameriana es una reactualización de la filosofía práctica de Aristóteles, se hace las siguientes preguntas: “¿dónde estamos?, ¿en qué filosofía de la historia estamos una vez que la hermenéutica de Gadamer se ha convertido en la nueva *koiné* del mundo actual?” De la siempre difícil relación entre Gadamer y Nietzsche se ocupan Luis Enrique de Santiago y Rebeca Maldonado. De Santiago se enfoca en la acusación de relativismo que tanto la hermenéutica gadameriana, como el perspectivismo nietzscheano han recibido. Ambas posturas concuerdan al señalar que la comprensión se da desde una situación o perspectiva siempre cambiante, en virtud de la historicidad del comprender, pero, para Santiago estas posturas, siempre críticas de todo objetivismo dogmático, no desembocan en el nihilismo. Por su parte, Rebeca Maldonado encuentra en el saber de la finitud un punto de coincidencia entre Gadamer y Nietzsche, ya que este saber no sólo está detrás de todo el pensamiento

gadameriano, sino también es el motivo que lleva a Nietzsche a pensar la vida como fenómeno hermenéutico. El trabajo de Greta Rivara cierra la sección dedicada a la ontología repasando un texto en el que Gadamer reflexiona sobre Ortega y Gasset. El filósofo español aparece no sólo como un agudo crítico de la modernidad, sino como un antecedente de la hermenéutica gadameriana al señalar que la vida y la historicidad preceden siempre a la conciencia.

De los cinco textos que integran el apartado dedicado al lenguaje, los tres primeros nos enseñan que, en la reflexión de Gadamer, el tema del lenguaje no puede separarse de las cuestiones ontológicas. Suponiendo que el giro lingüístico sea una vía para superar el paradigma metafísico y gnoseológico tradicional, Carlos Gende, después de preguntarse si la hermenéutica gadameriana contribuye al nuevo paradigma, termina sosteniendo la tesis, según la cual, Gadamer, al describir el lenguaje como saber del mundo, asume el viejo paradigma pero con otras consecuencias. Por su parte, María Teresa Muñoz, siguiendo a Rorty en la clasificación que éste hace de Gadamer como nominalista, intenta mostrar que la concepción gadameriana del carácter constitutivo del lenguaje no cae ni en el relativismo, ni en el conservadurismo, como algunos críticos sostienen. En su texto “El diálogo como indicación formal”, Jorge Reyes trata de esclarecer “cuál es el papel que desempeña el concepto de diálogo en la hermenéutica de Gadamer”, poniendo el énfasis en las nociones de distancia, familiaridad y extrañeza que se manifiestan en la lingüisticidad.

Los dos textos que cierran la sección dedicada al lenguaje redimensionan este tema en sus implicaciones aparentemente menos filosóficas, pero igualmente importantes para el pensamiento. La relación de Gadamer con Humboldt, a partir de la concepción que cada uno sostuvo sobre el lenguaje, es repasada por Érika Lindig, quien concluye con una invitación a pensar “en las lenguas con *responsabilidad*, es decir, dejando que lo ajeno de ellas nos interrogue”. Las tensiones políticas que la experiencia de la tradición y la memoria acarrear son pensadas con lucidez por Ana María Martínez de la Escalera, que, de la mano de Gadamer y Todorov, nos recuerda que la memoria es heterogénea y no puede ser reducida a una lengua o a un monumento.

El pensamiento hermenéutico de Gadamer no es un agregado de temas separados y dispares. Si bien, como vimos líneas arriba, la reflexión ontológica se entrelaza con la meditación sobre el lenguaje, la estética gadameriana, tema de la tercera sección del libro, recoge las preocupaciones ontológicas y lingüísticas relacionándolas con la crítica de arte, las manifestaciones artísticas, la poesía y la teoría literaria.

Gadamer es confrontado críticamente con otros pensadores. Primero, la relación Gadamer-Nietzsche aparece de nuevo, pero ahora desde el ángulo de la lectura que Gadamer hace del estilo nietzscheano. Este estilo, según reconoce el propio Gadamer, cumple con una propuesta del *Así habló Zaratustra*: la ligereza. Pero, curiosamente, el *Zaratustra* mismo no cumpliría esta propuesta. Paulina Rivero polemiza con Gadamer acerca de esta paradójica afirmación. Mientras que, en “Gadamer ante la estética kantiana”, Sixto Castro afirma que la estética gadameriana es contraria a la analítica de lo bello kantiana y su subordinación de lo bello artístico en lo natural.

Para María Antonia González Valerio el alma de la hermenéutica lo constituyen tanto la estética como la ontología, que a su vez están indisolublemente ligadas a los problemas de la historia y del lenguaje. Sin embargo, la estética tiene una especie de primacía ontológica, ya que es a través de la pregunta por la verdad del arte que somos conducidos a la pregunta por el modo de ser del ser.

En torno a la poética y la teoría literaria en la estética gadameriana reflexionan Mauricio Beuchot, Aníbal Rodríguez, Federico Álvarez, Richard Palmer, Dieter Räll y Luz Aurora Pimentel. Si bien es imposible en estas breves líneas hacer justicia a la profundidad e importancia de estos textos, habría que, al menos, señalar los temas que abordan: la obra de arte como símbolo, el papel de la poesía en la hermenéutica, la supuesta muerte del autor, la defensa gadameriana de las humanidades en relación con la lectura de los textos clásicos, la polémica lectura que hizo Gadamer de Paul Celan, y la relación entre Proust y Gadamer sobre el eje de la narración metafórica.

Finalmente, el problema de la representación en las artes plásticas y la crítica de arte gadameriana son abordadas, respectivamente, por José Francisco Zúñiga y Carlos Oliva. Para el primero, la inevitable negativa a la pregunta: ¿puede representarse el ser en las artes plásticas?, nos deja ante la tarea de pensar el intento de Gadamer por vincular su estética y su ontología con el arte actual. Mientras que Carlos Oliva concluye descartando “la participación rectora de la subjetividad y la reflexividad en el arte”, ya que, como el mismo Gadamer sugiere, antes que orden el arte es comprensión.

*Gadamer y las humanidades I*, con sus diversas y polémicas lecturas de la hermenéutica gadameriana, es un provechoso recorrido intelectual tanto para los que se acercan por primera vez a la obra de Gadamer como para aquellos que creen conocerlo a cabalidad.

José Luis GARCÍA

Raúl ALCALÁ CAMPOS y Jorge Armando REYES ESCOBAR, coords., *Gadamer y las humanidades II*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2007.

Vivimos en una época en la que el proceso de globalización ha potenciado de manera importante la redefinición de los Estados nacionales, la desterritorialización del capital, el fortalecimiento de las identidades étnico-culturales y religiosas y el aumento de los flujos migratorios entre miembros de diversas culturas; estos hechos nos hacen cobrar conciencia de la necesidad de un diálogo intercultural.

A través del texto de Carlos B. Gutiérrez, encontramos en Gadamer la afirmación enfática de que en medio de la globalización no se puede prescindir de lo propio ni exigir que nadie lo haga. Gutiérrez nos recuerda que la hermenéutica de Gadamer representa la cultura del disenso, el cultivo del diálogo y el reconocimiento de la singularidad del otro, cuya alteridad invita y contribuye al encuentro con uno mismo. En términos gadamerianos, para participar unos de otros y llegar a comprendernos, hemos